



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

**MOHAMED LEMRINI
EL-OUAHHABI**

Domingo, seis de la tarde

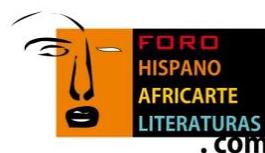
Edición digital

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi, *Domingo, seis de la tarde* (2011)
[inédito]
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D
«Literaturas africanas en español. Mediación
literaria y hospitalidad poética desde los 90»
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Domingo, seis de la tarde

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi

Domingo, seis de la tarde y treinta y un grados a la sombra. La siesta había sido corta, muy corta y escasa tratándose de un domingo en pleno verano.

Después de correr unos cincuenta kilómetros, pasando por lo que se ha dado en llamar la Calle 30, la M-40 y la A-VI, llegamos al sitio innombrable. Lo de innombrable, no es por nada en concreto, es sólo por la guasa que me monto yo solo al oírlo nombrar. Llegamos después de perderme un poco; bueno, sólo un poco y sólo como de costumbre. En mi casa dicen que me pierdo porque no llevo ese aparatito que se asemeja a un callejero de las carreteras, y que sirve para indicarnos por dónde tenemos que ir para llegar a nuestro destino. Como si fuera tan fácil que nos aconsejen e indiquen el itinerario de nuestro destino. Bueno, no tengo ese aparato, ni albergo intención de adquirirlo por ahora, porque no me resulta práctico. Por el contrario, creo que es un estorbo, porque tienes que estar mirando su pequeña pantalla, cuando en realidad los conductores tenemos que estar atentos más bien a la carretera y a los locos conductores que en ella abundan. Para conducir con un aparato de éstos, es aconsejable llevar un buen copiloto, para que nos vaya indicando por dónde podemos tirar. De todas las maneras, no sé por qué Tráfico permite su utilización, cuando aconsejan a los fumadores incluso abstenerse de hacerlo mientras conducen.

Una vez en el pueblo, localizamos la iglesia gracias a la torre y al campanario. Era casi el edificio más alto, como antaño cuando la Iglesia tenía más poder, majestuosidad e incluso, mejor economía. No es que ahora le vaya mal o sus finanzas se resientan, sino que teme ir a menos y no quiere desprenderse de su patrimonio que es infinito, como la paciencia del Señor; por lo cual, su queja se multiplica cada día más y más.

Los santuarios, sean cristianos, budistas o musulmanes, se han quedado en estos últimos tiempos más bajos por el ascenso y amor a las alturas que les ha entrado a las inmobiliarias. Los promotores inmobiliarios tienen ansias de ganar mucho más dinero en el menor tiempo posible, siguiendo con la tan investigada y no tan perseguida especulación, que no conoce fronteras, gremios, grupos ni partidos. Y se hacen más ricos si abaratan más los terrenos, cosa que se consigue construyendo más plantas, abriéndose camino en el cielo hacia el infinito. Así son las cosas, *no hay especulación que crisis no conozca*.

En la susodicha iglesia nos íbamos a reunir con toda la familia de mi mujer para bautizar a la pequeña María, que ya con sus cinco meses y pico tiene muy claro lo que quiere y lo que no, distinguiendo entre lo que le conviene y lo que no.

Pausadamente y en silencio saludamos a unos y a otros, pequeños y grandes, incluida nuestra hija, que había llegado al pueblo innombrable el día anterior para acompañar a su prima que celebraba el cumpleaños de su primogénito.

A las seis y cinco minutos, el habitáculo que no era pequeño, estaba a rebosar de pequeños y mayores. Abuelos, padres, tíos, sobrinos, hermanos, primos cercanos y lejanos, vecinos y amigos se saludaban, besaban y confraternizaban. Hacía tiempo que no había visto tanta gente junta en un espacio de esas dimensiones. Parecían estar allí presentes todos los niños del innombrable pueblo y, creo que también los habitantes y vecinos de las urbanizaciones y pueblos más cercanos. Muchos, muchos niños; cosa extraña dado el bajo índice de natalidad a que hemos llegado en la actualidad. Además, con el ruido y el jaleo que había montado, parecía triplicado el número de churumbeles, todos bien alineados e incluso trajeados en un caluroso veraniego fin de semana. Me acuerdo que, por gastarle una broma a mi mujer, le comenté si no podía asistir a la fiesta ataviado con un pantalón corto y una camisa o camiseta veraniega dada la temperatura ambiente exterior. La mirada que me dirigí era fulminante, pero aún así seguí insistiendo y le comenté que siendo yo un *infiel*, según la Iglesia católica, no se debían tomar en consideración mis actos ni mi indumentaria, y que incluso, me podía quedar a la espera en la puerta del santuario, y la mirada fue aniquiladora. Pero era sólo una broma y ella lo sabía.

Pasado un minuto, se enciende el amplificador y alguien toca la carcasa del micrófono asegurándose de que el bicho funcionaba. Manías que tiene la gente inexperta que ignora que a la hora de darle golpecitos, la membrana que tiene el micrófono dentro lo siente y nos arriesgamos a quedarnos sin él. Si has encendido el amplificador y has puesto en funcionamiento el micrófono, todo debería funcionar a la perfección.

Una aguda, desagradable y bronca voz trueno en el ambiente haciendo que todo sea más desagradable, ordena a todo el mundo silencio y que se siente. Me recordó aquel «*Se sienten, coño*» que también con una voz aguda, desagradable y bronca pronunció el Teniente Coronel Tejero en el Congreso de los Diputados para poner orden, pistola en mano, entre los representantes de la Nación y del Pueblo.

Menuda bronca. Jamás había oído despotricar tanto, ni dentro de una iglesia ni en una mezquita. Desde luego, el silencio ha sido inmediatamente sepulcral. Niños, mayores y viejos, nos miramos unos a otros como aguantando la bronca e incluso justificándola, para entrar en un abismo donde no se oía ni a las ratas respirar.

No satisfecho de asustar a pequeños y mayores con su ruidoso, injustificado escándalo, el cura siguió castigando a los feligreses que allí se encontraban. «Estamos en la casa de Dios. En su presencia, y me gustaría saber cuántos de vosotros le habéis deseado las buenas tardes al entrar en su casa».

Sintiéndolo mucho, me puse de pie y, con paso firme y sin dejar de oír lo que decía, me dirigí a la puerta para abandonar aquel lugar. Era la primera vez en mi vida que me echaban de algún sitio. Nunca había sido tratado así, ni en los lugares más perversos, elegantes o amables donde haya estado alguna vez. Me sentí «*pluf*» pero no podía seguir estando allí y oír aquellas barbaridades que ese hombre soltaba por su boca. Pensé, no veré ese chorrillo de agua deslizarse por la coronilla de la pequeña María, mientras da un grito en el cielo. Más aún, me imaginé que aquel ser, iba a regañarle a ella y a los demás niños por quejarse del contacto con ese frío chorrillo de agua del cual él será responsable.

En mi camino al portón, profirió una barbaridad refiriéndose, creo, a mi persona, que estaba abandonando sigilosamente el lugar. Pero no era momento ni lugar de discutir por mi presencia o ausencia de ese acto. Quizás algún día lo entienda, o alguien se lo hace entender. Pero lo que no se podría él imaginar es que el que salía por la puerta es un infiel, un hijo de *Allah*.

Y, siendo un infiel para la religión católica, como lo soy para la musulmana, siempre me ha gustado entrar en las iglesias y catedrales para descubrir su belleza arquitectónica, sus adornos..., y principalmente sus rosetones. Debo haber hecho fotos a la mitad de los rosetones de las iglesias y catedrales del país desde fuera como desde dentro.

Por razones familiares o de amistad, he asistido a innumerables bautizos, comuniones, bodas y misas por defunción, de amigos y conocidos. En ningún momento me he sentido rechazado por nadie y mi conducta, dentro de los santuarios, siempre ha sido ejemplar, respetuosa por ser un lugar de culto, un lugar sagrado para alguien.

Por otro lado, no siento esa misma curiosidad por la mayoría de las mezquitas ya que, en general, son lugares simples sin decoración ni adornos, exceptuando las majestuosas Santa Sofía y Al Aqsa, teniendo fotos de la primera, que visité hace ya algunos años, mientras sigo esperando la oportunidad de tener el placer de visitar la segunda. A la tercera, que también es una obra de arte, me he prometido no volverla a pisar por ser una *contranatura*. Recibe el nombre de Hassan II, está en Casablanca y fue construida sobre las rocas y aguas del Atlántico, arrancándole al mar las dos terceras partes de su superficie. Dicen que el propio Hassan II eligió el lugar inspirándose en el versículo del Corán que dice «... y su trono se construirá sobre las olas».

Con 210 metros de minarete, el más grande del mundo, mármoles en blanco, crema, verde y negro, techo de madera de cedro pintado que se puede abrir, y una explanada de nueve hectáreas ubicada cerca del bulevar de la *Corniche*, es el mayor símbolo del lujo arquitectónico árabe actual y una contradicción total al ser la religión musulmana muy austera en recursos.

Esta mezquita ha sido construida gracias a las aportaciones voluntarias de los ciudadanos más pudientes y adeptos al régimen, y a los «saqueos» o «aportaciones voluntariamente obligadas» a que se han visto sometidas las nóminas de los «pobres y miserables» sueldos de funcionarios y obreros. Había que perpetuar el nombre del monarca, incluso a base del hambre de los más

necesitados de sus súbditos. Ni que el personaje necesitase aportaciones para construirse un santuario.

No sé de quién fue la brillante idea de hacer partícipe, en semejante homenaje, a toda la población, cualquiera que fuese su estatus, rango o categoría. Seguramente que fue alguien que quisiera acumular puntos para un buen ascenso en su carrera profesional.

Para colmo, en los meses siguientes a la contienda, te reclamaban en toda la Administración el justificante de haber contribuido a la causa, financiando algún trocito de las lámparas de cristal de Murano, a la hora de solicitar cualquier documento oficial: renovación de documento de identidad, partida de nacimiento y/o certificado de buena conducta (porque todavía hay que ir por allí enseñando un documento que no tiene razón de ser en el siglo XXI). Nadie se había librado de realizar una aportación monetaria, por más pobre que fuera.

Esto pasó allá, pero en este lado del Estrecho ahora quieren restablecer la misa en latín. No está ya tan complicada la cosa, que nos hacen volver al pasado, cuando sólo los siervos cultos o los muy cultos, podían hablar con Dios. Es de pena. Es como si los doctos musulmanes decretasen que para rezar a *Allah*, hay que recitar las *siete poesías colgadas* (*mual-lakat assabh*), cumbre de la literatura árabe de la *época de la ignorancia* (*al jahiliya*), antes de que Mahoma recibiese la revelación divina, en su contenido, belleza lingüística y expresión poética que sólo conocen, dominan y aprecian un ínfimo número de creyentes.